

Fernando Palangues



De Alpinismo Almeriense
Una excursión al Maimón

20 Abril 1910

Almería
Papelería Non Plus Ultra
Juan Bedmar
1910

R. 1703. A

De Alpinismo Almeriense

Tirada de cien ejemplares

Fernando Palangues

ALMERIA

De Alpinismo Almeriense

Una excursión al Maimón

20 Abril 1910

ALMERÍA

Papl. "Non Plus Ultra"—J. Bedmar

1,910



Publicado en la REVISTA DE LA
SOCIEDAD DE ESTUDIOS ALME-
RIENSES, tomo I, cuaderno VII, co-
rrespondiente al mes de Noviembre
de 1910.

A MI DILECTO AMIGO

EL DR. DON JUAN A. MARTÍNEZ DE CASTRO

Director de la "Revista de la Sociedad de Estudios Almerienses"

Correspondiente de la Real Academia de la Historia
y de la de Buenas Letras de Barcelona, Individuo de número de la Real Sociedad
Geográfica de Madrid, etcétera, etc.

Cuando, hace seis meses, escalé la cima de la célebre montaña immortalizada con el recuerdo de aquel gran sabio de la Atenas de Occidente que murió condenado al ostracismo por un poderoso califa de la dinastía de los Omniadas, hube de dirigir una mirada de ansiedad escrutadora hacia las lejanías del horizonte Sud, interrumpido á trechos irregulares y tortuosos por la accidentada cordillera llamada de los Filabres. Acaso, en mi visión de turista, pretendí columbrar desde aquella altura y á través de las brumas matinales, la extensa faja de azulado líquido que ciñe voluptuosa á la seductora *Al-Meric* de los árabes, recostada coquetonamente sobre el pedestal de su soberbia alcazaba.

Nada hay en verdad, tan apropiado para sumir la mente del pensador en las lejanías del pasado, como esos enhiestos observatorios forjados por la mano de la Naturaleza, sin duda para que el hombre al contemplar á sus pies el viejo escenario de la vida humana, haga resurgir al mundo de los recuerdos y en cinematográfico desfile á los pueblos y á las generaciones. Por eso tal vez, al enfocar el anteojo hacia los confines del dilatadísimo horizonte, se agolparon á mi memoria los timbres históricos de la bella ciudad del Mediterráneo que arrulló con el susurro de sus palmeras los clandestinos amores y las postrimeras bacanales del emir *Aben-Hud*, por los días aquellos en que la perla del Andarax era el aposento obligado de todas las grandezas hispano-muslímicas y la plaza mejor fortificada en los vastos territorios sometidos á la autoridad del indomable derrocador de los almohades.

Mientras recreaba la pupila en el vastísimo panorama que se vislumbra desde aquella abrupta cumbre, pensé en usted, amigo mio, y en sus nobilísimos esfuerzos por hacer despertar á la vida de la actividad y del estudio á las adormidas inteligencias de esta bendita tierra de nuestros amores. Y entonces, no pudo menos el turista de enviar por los ráudos é invisibles hilos del pensamiento un saludo afectuoso á esa selecta entidad intelectual que con el nombre de *Sociedad de Estudios Almerienses*, comenzaba á germinar bajo muy lisonjeros auspicios y al calor del entusiasmo patrio de usted y de esos otros beneméritos propulsores de nuestra anhelada cultura provincial.

A usted, pués, y al docto organismo á que viene consagrando tan fructuosamente sus laudables iniciativas, pertenece este recuerdo; y á él y á usted van enderezadas estas pobres cuartillas que simbolizan, con toda su pequeñez y desaliño, un tributo modesto, pero rendido, de admiración y simpatía de su cordial amigo y compañero de aficiones

El Cronista de la Excursión.

29 Octubre 1910.



UNA EXCURSIÓN AL MAIMÓN

I.

Paseaba yo una apacible tarde de los primeros días de Abril en compañía de unos amigos por las inmediaciones del Puente de Prato, á la parte occidental de Vélez-Rubio, en el trayecto de la carretera de Murcia á Granada comprendido entre esta villa y la de Chirivel, cuando uno de mis cultos acompañantes apuntó la idea, que á todos pareció de perlas, de efectuar una detenida excursión, aprovechando la hermosa temperatura primaveral de esta región andaluzo-levantina, á la cercana montaña que desde allí se mostraba imponente y magestuosa á nuestros ojos, con sus soberbios acantilados, sus bernejas rugosidades y sus agrestes cimas coronadas por cónicos é inaccesibles picachos que parecen como forjados á cincel por la mano invisible del Supremo Hacedor de aquellas formaciones plutónicas.

Era, en efecto, muy sensible, hoy que el alpinismo ha tomado definitiva carta de naturaleza entre los sports de moda, que no despertare la afición á este género de pintorescas, instructivas é higiénicas expediciones en un país que tantas bellezas naturales posee y en donde no faltan hijos estudiosos que á la importancia topográfica y sugestiva del paisaje, sepan unir ese otro matíz, tan atrayente para el turista culto, de los recuerdos históricos que tales bellezas atesoran.

Quedó, pues, concertada nuestra expedición á la elevada sierra á que diera su nombre, según la tradición, el gran *Maimónides*, aquel filósofo cordobés que hubo de abandonar bien á su pesar la corte de los Emires en el reinado del tercer Abderraman huyendo de las persecuciones de sus émulos para venir á refugiarse en las sinuosidades de esta montaña, situada en la cordillera penibética, en el confín oriental de los territorios hispano-muslímicos que permanecían fieles por entonces á la autoridad del Sultán. Y quien sabe si desde estas cimas abruptas lloraría el insigne desterrado su

infortunio y desahogarfa su despecho contemplando y maldiciendo á su sabor á sus implacables perseguidores en los días aquellos en que el célebre califa acampó con un formidable ejército á los piés de la fortaleza de *Velad-Alhamar* (el Vélez-Rubio árabe), antes de emprender su victoriosa excursión al reino murciano para someter al rebelde *Abenuadah* y á las plazas y castillos que, alentados por éste, venian negando tributo y obediencia al soberano de Occidente.

La mañana del miércoles 20 de Abril, fué la fecha prefijada para la proyectada expedición.

Abandonamos el lecho al despuntar el alba muy seguros de no ver defraudadas las gratas impresiones que á *priori* se forjara nuestra visión de turistas. Una hora después rompía marcha, cabalgando en sendos borriquitos del país, la selecta caravana compuesta por mis caros amigos el ilustrado médico forense y antiguo compañero en la prensa D. Emilio Egea y López, á quien conferimos, con muy buen acuerdo, la organización y dirección de la comitiva; el distinguido letrado y rico propietario D. Fernando Guirao Rubio, que por cierto ganó en este día los honores de alpinista intrépido é infatigable á pesar de sus sesenta abriles; nuestro simpático camarada de la infancia y ex-compañero de colegio D. Andrés Rubio López, que hizo nuestras delicias durante el viaje con su locuacidad nerviosa y ocurrente; Don Andrés Chico de Guzmán, culto escritor y periodista, más conocido en la prensa provincial por el pseudónimo de Fray Crispin; Don Pedro de Motos, hábil y acreditado fotógrafo encargado de perpetuar por medio del arte de Daguerre los episodios de la jornada; y, por último, el que estas líneas escribe, obligado por sus benévolos compañeros á oficiar de cronista de la expedición.

Poco antes de llegar al sitio denominado la *Cruz del Pinar*, donde se bifurcan la carretera de Vélez-Blanco y el viejo camino de la Rivera de los Molinos, vislumbramos allá á lo lejos, en el cabo oriental de la montaña, la achatada boca elipsoidal de la llamada *Cueva de los letreros*, cuyas misteriosas pictografías cuneiformes, aun indescifradas, siguen preocupando á arqueólogos y epigrafistas de renombre en el mundo de la ciencia desde que las dió á conocer su descubridor Don Manuel de Góngora y Martínez

en su curioso libro *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, tan interesante y estimado por los estudiosos. Un poco más abajo de aquel antro prehistórico, columbramos los vagos vestigios de la necrópolis primitiva descubierta y estudiada también hace medio siglo por el insigne arqueólogo granadino.

Dejamos á la izquierda el llamado *Cerro del Judío*, asiento igualmente de alguna otra importante estación arqueológica; y abandonando la carretera por el ya mencionado paraje de la Cruz del Pinar, nos dispusimos á comenzar la ascensión, encaminando la cabalgata por la estrecha y tortuosa senda denominada de los Leñadores ó de la Umbría. Media hora después de la lenta y penosa marcha, tuvimos que apearnos para aliviar de nuestra carga á las pacientes cabalgaduras harto fatigados de trepar por las pendientes y resquebrajaduras que allí ofrece el terreno.

Al abordar los primeros pinos del bosque—resto desmedrado, y mutilado por manos vandálicas, de aquella exuberante vegetación forestal que antaño poblara estos contornos,—una pareja de guardas del monte salió solícita á nuestro encuentro, prestándose espontáneamente á servirnos de *ciceroni* en aquel inestricable laberinto de atajos, veredas y desfiladeros, no abandonándonos ya ni un solo momento hasta las últimas horas de la tarde en que emprendimos el regreso. Y á fé que nos fueron altamente útiles los servicios de estos modestos funcionarios del Estado, pues sin su pericia y conocimiento del terreno la expedición no hubiera resultado tan aprovechada y fructuosa en las escasas horas que á ella dedicamos.

Caminando desde allí unas veces á pié, en los trances más difíciles, y otras, las menos, á lomos de los sufridos jumentos, arribamos al collado del *Oleado*, primera etapa de nuestra ascensión matinal, en donde hicimos alto, disponiéndonos á devorar á la sombra fresca y balsámica de un compacto grupo de frondosos pinos, el succulento almuerzo que á prevención llevábamos. La más franca expansión, la cordialidad más ingenua, saturada de frases ocurrentes é ingeniosas que harán perdurable el recuerdo de aquel grato festín en las sinuosidades de la sierra, reinó entre los comensales. Los guardas, los arrieros y nuestro criado, formando grupo aparte y en caprichoso tendal sobre el cèsped de la montañía, die-

ron también buena cuenta de parte de las abundantes provisiones, sazónándolas de trecho en trecho con sendos tragos de un fortalecedor blanquillo que hace honor á las bodegas del cosechero, el Leónidas de nuestra expedición, D. Emilio Egea.

Terminado el almuerzo y prendido el fuego á los aromáticos habanos, el más *viejo* y gallardo y jovial de los expedicionarios, D. Fernando Guirao, el de las barbas tersas, albinas y venerables, como le llamaba ocurrentemente el estóico Fray Crispin, apuntó la idea, con beneplácito de todos, de retratarnos en grupo en aquellas espesuras. El Sr. Motos desenfundó complaciente los trebejos del oficio en que ha llegado á ser un consumado artista; los excursionistas tomamos posiciones en un desnudo riscal inmediato al lugar del festín, donde discurrían á su albedrío las escualidas calbagaduras; y un rápido rayo de luz llevó á través de la cámara obscura la gráfica imágen de aquella abigarrada caravana.

Escena inolvidable, en que yo recordaba con el poeta las delicias del campo y de las selvas y la plácida quietud patriarcal

«de quien huye el mundanal ruido»,

dando tregua á las congojas del espíritu en fraternal expansión con hidalgos camaradas, y en medio de la soledad de un bosque, donde

«cuidados no existen, y se es dichoso y rico,
y es mayor la dicha, si entre tantos peligros,
la envidia no te busca y te encuentra el olvido,»

como dijo el Príncipe de Esquilache al cantar las excelencias de la vida campestre.

Las diez de la mañana serían cuando abandonamos aquel pintoresco paraje para reanudar nuestra lenta ascensión por sendas cada vez más espesas y tortuosas, describiendo en ocasiones menudos y fatigosos zigs-zags para sortear los obstáculos y quebraduras de la escarpada pendiente.

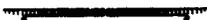
Una hora después abordábamos jadeantes y anhelosos la cima occidental de la montaña por el collado de la *Perdigonera*, llamado así por la inmensa cantidad de partículas esféricas y ferruginosas, á modo de perdigones zorreros, de vario tamaño, que cubren la superficie; pero tan redondeados y perfectos que suelen ser utilizados, según se nos dijo, por algunos cazadores para carga de sus

escopetas. Sorprendidos de tan extraño fenómeno, cada cual nos proveimos de un puñado de aquellas menudas bolitas metálicas, vestigios seculares sin duda de alguna erupción volcánica de las edades geológicas.

Un sol primaveral, radiante, propio del litoral levantino, nos hizo recordar que se aproximaba la hora del zenit. Por fortuna nuestra, una leve brisa del sudeste y unos ligeros celajes á manera de túles irisados, vinieron á atenuar bien pronto la intensidad de los rayos solares haciendo más grata y apacible la temperatura.

Después de unos momentos de descanso, invertidos en admirar el soberbio paisaje que desde aquellas alturas se descubre, avanzamos un centenar de metros siguiendo la cumbre de la montaña en dirección E. hasta dejar á las espaldas las lomas llamadas del *Caballo* y la *Albarda*.

Triscando por entre punzantes breñas y puntiagudos peñascales, auxiliados de nuestros pequeños regatones, escalamos por fin, tras no pocos prodigios de equilibrio, los llamados *Portillos Altos*, la meta suspirada y el punto, por ende, más culminante de toda la parte occidental de la sierra; pues la cima oriental, un poco más elevada, y á la que coronan los colosales picachos nominados las *Iglesias*, queda allí bruscamente cortada por una profunda tajadura ó precipicio que afecta la forma de un arco invertido.



II.

Al ganar la imponente altura y contemplar á mis plantas aquel acantilado gigantesco, confieso sin rubor que el vértigo se apoderó de mis nervios y el corazón, acentuando sus contracciones, aceleró sus latidos. Un levísimo traspies, el más ligero vahido en aquella escarpada **eminencia**, hubiese bastado para rodar irremisiblemente al abismo.

Volví la vista y contemplé á mis compañeros trabajosamente encaramados en la resbaladiza cúspide. En verdad que sus semblantes, y tal vez el mio, debían de afectar en aquel crítico instante un aire triunfador de satisfacción y orgullo que diera envidia al más intrépido de los aviadores y hasta á algún audáz explorador de las misteriosas regiones polares. La instantánea del Sr. Motos se encargó de dar permanencia gráfica á aquella escena culminante en que el pasajero terror producido por la atracción del abismo, estaba compensado con usura por el vasto y bellissimo paisaje que desde allí deleitaba nuestra asombrada pupila. Apelo, sinó, al testimonio de mi impertérito y veterano tocayo, el de las barbas tersas y albinas, quien en una justificada explosión de entusiasmo, lanzó al espacio, entre ¡hurra! estentóreos, el blanco *chapeo* de amplias alas que cubría su cabeza, sin duda para que aquel admiñículo de su indumentaria cinagética pudiese contar la proeza de haberse remontado unos metros más sobre los mil setecientos y pico que en aquel momento dominábamos sobre el nivel del Mediterráneo.

—¡Esto es soberbio y admirable!...

—¡Asombroso!...

—¡Encantador!...

Fué la exclamación que surgió de todos los lábios al contemplar extasiados desde la cima del Maimón el grandioso y vastísimo panorama, que limitan por levante las sierras de Espuña y Carrascoy sirviendo de confin occidental á las feraces llanuras murcianas; por el Sur la larga cordillera de los Filabres desafiando á las nubes con sus simétricos conos denominados *Montagud* y *Te-*

tica de Bacares; por Occidente la abrupta sierra de Baza, recortando con las ondulaciones de sus cumbres el albo manto de nieve de las crestas de Sierra Nevada y de sus picos gigantescos el Mulhacén y el Veleta (1); y por el Septentrión las sierras de la Sagra y de las Cabras, los Pelados de Guillermona y los Cuartos de Sierra Segura á través de cuyas cimas se vislumbran con auxilio de los catalejos y como esfumados en las lejanías del horizonte, los altos picos de los Montes de Toledo.

Desde aquel encumbrado observatorio domínase también á simple vista el pueblo de María, con sus umbrosas y extensas campiñas, cuajadas todavía á grandes trechos de tupida vegetación forestal; el de Chirivel, la antigua *Ad-Morum* de los romanos, con sus fértiles hondonadas y sus famosas cumbres que sirvieron de teatro hace nueve siglos á la batalla campal librada entre los ejércitos del santo rey de Castilla Don Fernando acaudillados por su hermano bastardo Don Rodrigo Alonso de León, y las formidables huestes sarracenas del rey de Granada *Alhamar*; la villa de Vélez-Blanco, con su almenado y severo castillo inmortalizado por las hazañas de su egregio morador Don Luis Fajardo de la Cueva, el vencedor de los moriscos de la Alpujarra; la de Vélez-Rubio, cabeza de la comarca, surgiendo indolente y apiñada del centro de su hermosísima vega, cual un mazizo de magnolias arrullado por los susurros de sus arboledas y sus fuentes; el castillo de Xiquena con sus ruinosos y bermejor torreones, escuálidos restos de la plaza que sirviera de baluarte fronterizo al territorio de los *Abamarez* y de poderoso antemural á las fortalezas morunas de los Vélez hasta los días gloriosos de su reconquista por las armas del Rey Católico; y allá en lontananza, asentado en las estribaciones sudorientales de la sierra de Espuña, el famoso castillo de Aledo, célebre asimismo por sangrientas luchas históricas entre cristianos y almoravides.

Mirando hacia el Sur embargaban también nuestra pupila las quebradas lomas del Cabezo de la Jara y las estribaciones orientales de la sierra de las Estancias, escenario histórico aquel de un cho-

(1) Los más elevados de la península, pues miden 3.481 y 3.470 metros de altitud respectiva.

que desastroso para los ejércitos de Roma, y asiento presuntivo ésta de la cartaginesa *Anitorgis*, la ciudad ocupada y fortificada por Asdrúbal Barcino durante la segunda guerra púnica. Y más acá las ruinas seculares del *Castellón* ó Vélez-Rubio el viejo, con la cordillera de cerros que le siguen por la parte izquierda, en dirección á O., limitando el ancho valle donde acamparan hace veintidos centurias las derrotadas huestes del infortunado Cneo Scipión. El mismo risueño é histórico valle que acaba de surcar en velóz automóvil una turista regia, la infanta de España Doña Eulalia de Borbón, hermana de Alfonso XII, acompañada de la insigne escritora norteamericana Miss Batcheller. (1)

A nuestra espalda, unos cuantos kilómetros al Noroeste, atraía á su vez nuestra mirada observadora la inmensa mole de la sierra de Maria, tan rica también en otros tiempos por su exuberante vegetación forestal. Es dicha sierra la más elevada de toda la región levantina y uno de los puntos culminantes de la gran cordillera penibética, después del *Mulhacen* y el *Veleta*, como que su cima mayor, denominada la *Burrica*, alcanza una altitud de 2.040 metros sobre el nivel del mar. El intrépido Fray Crispín, nuestro inseparable camarada, hubo de recordarnos, con este motivo, cierta ascensión que él verificó hace algunos años á la mencionada cúspide, excitando de tal modo con su sugestivo relato el interés de los oyentes, que allí mismo quedó concertada para fecha próxima una segunda expedición á la famosa y gigantesca sierra.

Encaramados, como digo, en aquella escarpada eminencia seguíamos contemplando á nuestro sabor el grandioso paisaje que se extendía á nuestras plantas, presumiendo orgullosos que nos rendían vasallaje, de un lado el valle inmenso y la risueña cercana vega ataviada ya con las galas primaverales de su rizado manto de esmeraldas, y del otro, los montes y colinas y oteros y cañadas con todos sus múltiples accidentes de lecho disecado de algún mar prehistórico. Más ¡oh pequeñez humana! cuando más engreidos nos hallábamos en la desvanecedora altura, una águila real se cer-

(1) Las augustas viajeras llegaron á Vélez-Rubio de riguroso incógnito la tarde del viernes ocho de Abril del corriente año, y no hallando hospedaje adecuado en sus modestas fondas pasaron á pernoctar á Chirivel en la suntuosa morada de D. Ginés Flores Moreno, alcalde de dicho pueblo, saliendo á la mañana siguiente con dirección á Guadix.

nió gallarda y magestuosa en el espacio á un centenar de metros sobre nuestras cabezas, como queriendo humillar nuestra pasajera altivez invitándonos á remontar las alas del pensamiento á las regiones de lo infinito, ó para recordarnos tal vez que el hombre, el pretencioso rey de la Naturaleza, es, aun en las situaciones más culminantes de la vida, no más que un mísero é impotente pigmeo, especie de átomo perdido en el panorama inconmensurable de la creación. Y es que, como dijo Kepler, cuanto más se envanece el hombre en la contemplación de las maravillas del Universo, mejor se le descubre su pequeñez comparada con la universalidad del plan eterno.

*
* *

Imposibilitados de proseguir nuestro avance por impedirlo la enorme tajadura de que antes se hizo mérito, nos dispusimos á comenzar el descenso, no sin lanzar una postrer mirada á todos los confines del paisaje y prometiéndonos no ser esta la última excursión que efectuásemos á la pintoresca montaña.

Al regresar hacia el collado de los *Perdigones* y después de otros momentos de descanso á la sombra hospitalaria de la garita de los guardas sita en la cima de la sierra, vimos el arco monumental que parece abierto á pico por mano de titanes en una roquiza prominencia de la ladera meridional de la montaña, y que el vulgo denomina impropriamente la *Ventana*, cuadrándole mejor el nombre de Puerta gigantesca, pues es holgadamente capáz para una doble vía férrea, hallándose flanqueada á sus extremos superiores por dos protuberancias simétricas de la misma roca, que simulan almenas ó pináculos. Con propósito de hacer en otra ocasión una más detenida visita á tan estupendo fenómeno geológico, así como á la célebre gruta llamada del *Pescador*, sita también á la parte Sur de la Sierra, encaminamos nuestros pasos hacia el hermoso collado llamado del *Buitre*, que se halla limitado á su lado occidental por una especie de acantilado irregular y estratiforme á líneas perpendiculares ó caprichosamente onduladas y coronado por agudas prominencias; pero tan bello y sorprendente que acaso no tenga ejemplar ni en los más pintorescos parajes monta-

fiosos de Suiza y de la Australia. De allí obtuvimos una preciosa vista fotográfica.

Tanto este collado como las cimas y laderas septentrionales del Maimón que aquel día recorrimos, hállanse tapizados de semiesféricos piornos y raspudas rascaviejas alternando con una infinidad de plantas silvestres, medicinales y tintóreas, que embalsaman el ambiente con sus penetrantes aromas, pues es de advertir que esta sierra, según testimonio de los botánicos, posee una de las floras más estimables, ricas y variadas de España.

Las cuatro de la tarde serían cuando descendimos por sendas pedregosas y resbaladizas y á través de los tupidos pinares, al collado llamado de la *Buitrera*, situado al Noroeste de la montaña y uno de los parajes más agrestes y atractivos de la misma. Después de otra media hora de reposo demandado imperiosamente por las fatigadas piernas, dimos vista á la pintoresca ladera occidental llamada de las *Atochas*, desde donde emprendimos la bajada definitiva por el tortuoso é interminable desfiladero que conduce á la hondonada del Puerto del Peral, no sin que antes la máquina fotográfica del complaciente y hábil compañero de excursión Sr. Motos, nos perpetuase también el recuerdo de aquel último y bellissimo paisaje tan lleno de intensa poesía.

Tras de una larga hora de penoso descenso por la árida y pedregosa pendiente, llegamos al barranco del *Estrecho*, en cuya fresca y menuda arena nos tumbamos á saborear alegremente el resto de nuestras provisiones de boca. Fué aquél un gratísimo banquete á aire libre, que hubimos de sazonar, entre sorbo y sorbo del famoso moscatel de D. Emilio, con muy sabrosas y regocijadas charlas, que denotaban la placidez que rebosaba en todos los espíritus por el éxito feliz de la jornada.

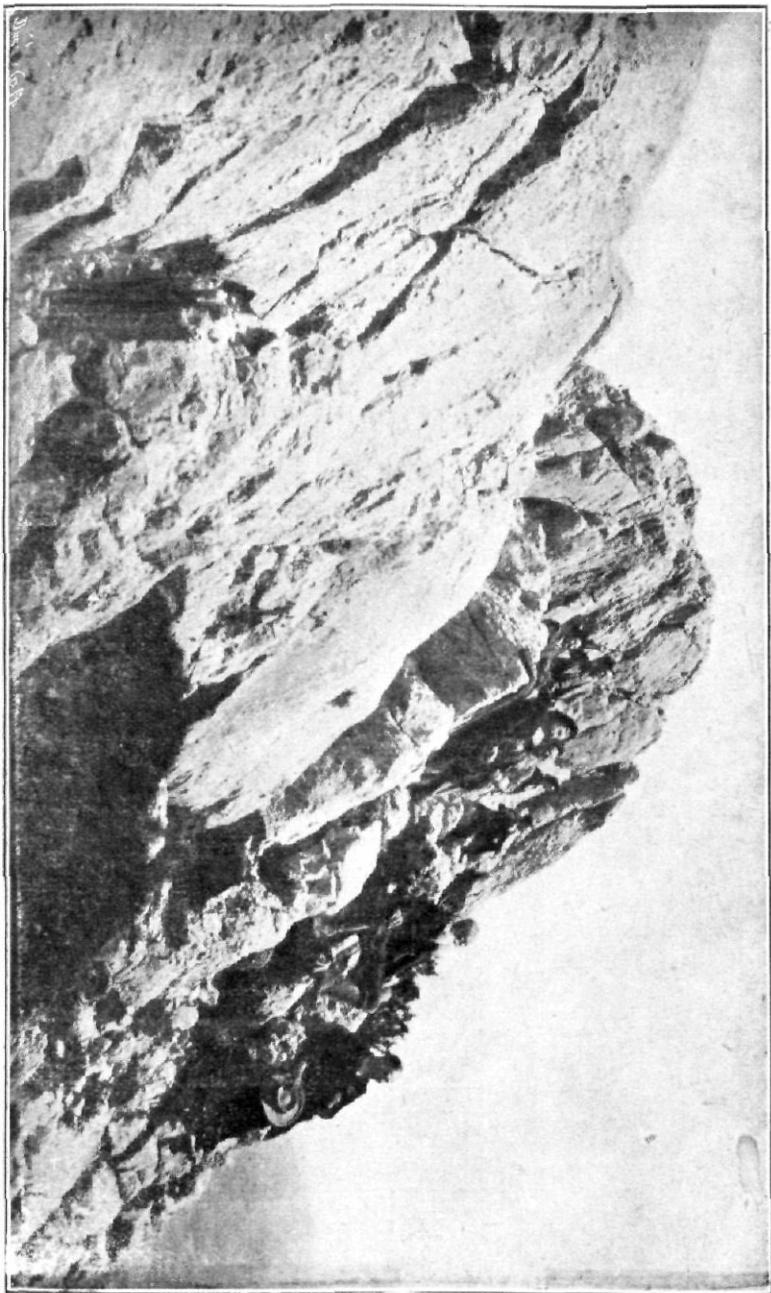
Terminada la merienda, requerimos los jumentos y emprendimos el viaje de retorno por la carretera de Chirivel, á punto que los postreros rayos del sol vespertino besaban dulcemente aquellas desnudas y empinadas crestas bermejas que habían sido durante unas horas mudos testigos de inolvidables emociones y meta suspirada de nuestros caros anhelos de turistas.

UNA EXCURSION AL MAIMON

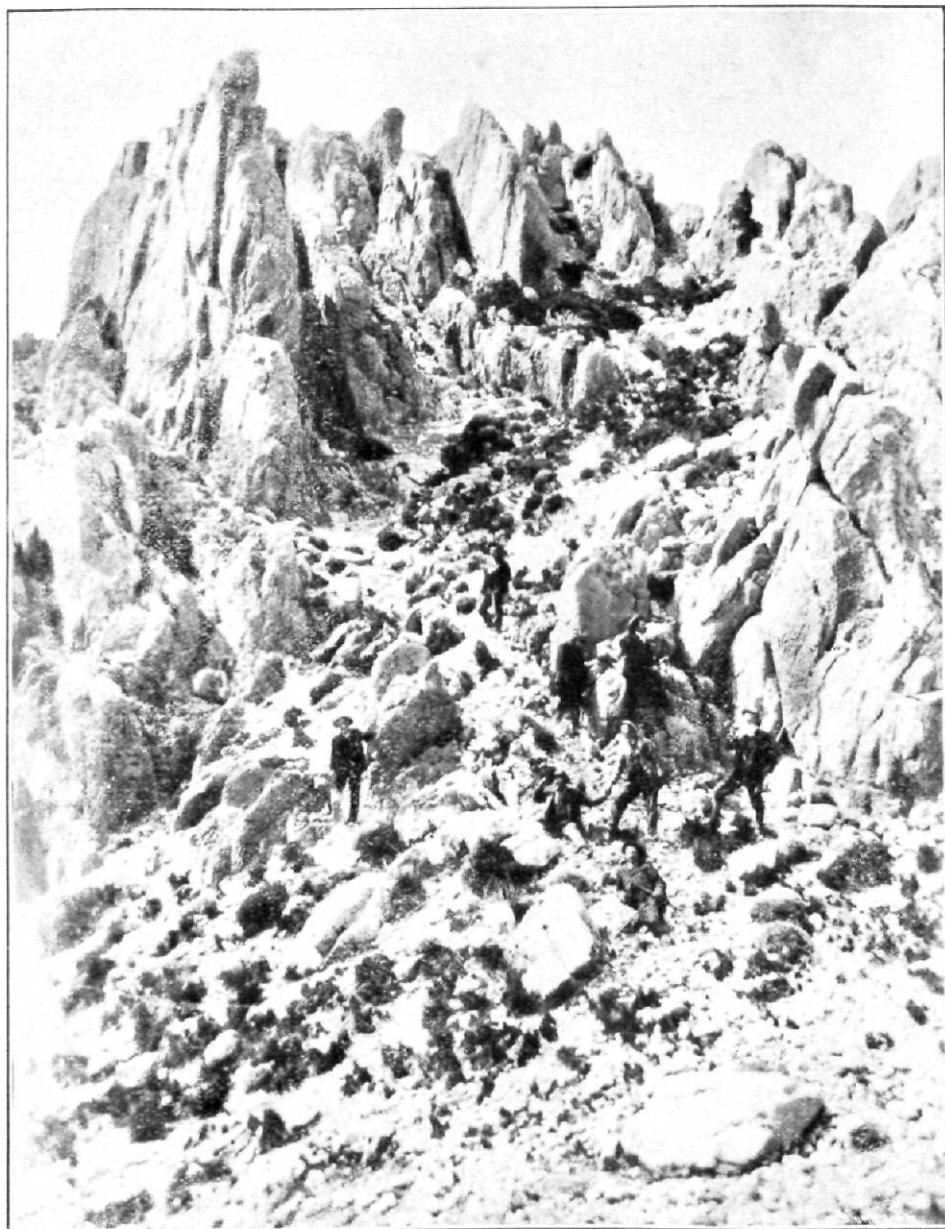


Un alto en la montaña.

UNA EXCURSIÓN AL MAIMÓN

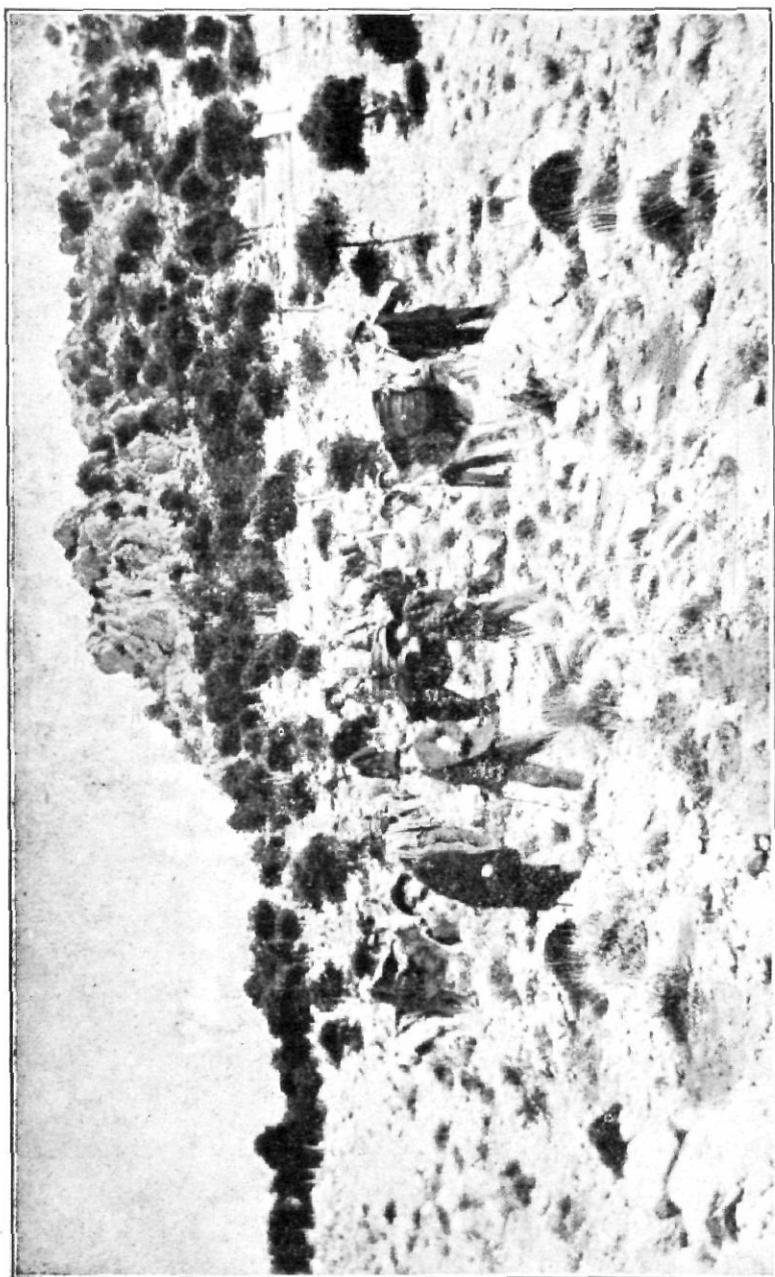


Cimas del Maimón: Portillos altos.



Cimas del Maimón: Collado del Buitre

UNA EXCURSIÓN AL MAIMÓN



Ladera de las Atochas.

Se acabó de imprimir esta Crónica
de UNA EXCURSIÓN AL MAIMÓN *en Almería,*
en la oficina de D. Juan Bedmar á 30 días del mes
de Diciembre de mil novecientos
diez años.



Obras de D. Fernando Palanques

Miembro honorario de la Academia Dante Alighieri de Catania
y Correspondiente de las Reales de Buenas Letras de Barcelona y Sevilla.

UN FILÁNTRORO Y UNA OBRA PIA, ó don José Marín y el Colegio de San José.
Un folleto en 4.º, de 64 páginas, 1 peseta.

EL GUARDIÁN DE SAN FRANCISCO, episodios de la invasión francesa. En 8.º,
100 páginas, 1 peseta.

HISTORIA DE LA VILLA DE VÉLEZ-RUBIO. Un vol. en 4.º menor de 750 pági-
nas, 11 pesetas en rústica y 12'50 en tela inglesa.

LA CRUZ DEL SOLDADO, romance histórico. Un folleto en 4.º, de 24 pági-
nas, 0'50 peseta.

APUNTES GENEALÓGICOS Y HERÁLDICOS DE LA VILLA DE VÉLEZ-RUBIO. Un
vol. en 4.º, menor, de 214 páginas, 2'50 pesetas.

EN PREPARACIÓN

DE MI TIERRA: Narraciones y semblanzas.

ZORAYDA, leyenda histórica caballeresca anterior á la reconquista.

APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO Á LA HISTORIA DE VÉLEZ-RUBIO.

FÁBULAS, en variedad de metro.

PUNTOS DE VENTA

En Vélez-Rubio: en casa del autor. Correa, número 1.

En Madrid: Librería de los Bibliófilos españoles, Viuda de Rico, Travesía
del Arenal, 1.
